

NÚMERO EXTRAORDINARIO, 30 CÉNTS.



NÚMERO ATRASADO, 50 CÉNTS.

PRECIO DE SUSCRIPCIÓN

Madrid: trimestre... Pesetas 2.50
 Provincias: trimestre... » 3

REVISTA TAURINA

PRECIO PARA LA VENTA

25 números ordinarios... Ptas. 2.50
 25 id. extraordinarios... » 5

La Correspondencia al Administrador, Calle del Arenal, 27, Madrid.—(No se devuelven los originales.)

SUMARIO

Zaragoza, por M. del Todo y Herrero.—La muleta y el capote, por J. Sánchez de Neira.—Virtuti et mérito, por Sobaquillo.—Las tablas, por M. del Todo y Herrero.—A ver si nos entendemos, por F. Churas.—El duende torero, por Azabache.—Capotazo.—Anuncio.

ZARAGOZA

SONETO

El Ebro cruza en su profundo lecho,
 de patria y libertad aquel recinto,
 y ante sus muros el feroz instinto
 contrarrestado queda y aun deshecho.

Allí la independencia y el derecho,
 germinando de un suelo en san're tinto,
 un poema de honor, breve, sucinto,
 tienen siempre grabado en cada pecho.

Y el pueblo que así cumple sus deberes
 y asombra al universo con su hazaña,
 muestra en gustos, costumbres y mujeres,
 lo más característico de España,
 y anualmente su espíritu remoza
 la Virgen del Pilar en Zaragoza.

M. DEL TODO Y HERRERO.

LA MULETA Y EL CAPOTE

HE aquí dos de los instrumentos más importantes en el arte taurino; tan importantes, que sin ellos sería difícil, sino imposible, dar muerte á los toros en la lidia.

Bien haya, pues, Francisco Romero, que inventó la muleta como poderoso auxiliar para suerte tan arriesgada, al mismo tiempo que lucida.

Con la muleta en la mano, un buen espada no tiene que temer nunca la embestida del toro, ni debe huir si le acompaña el valor; al contrario, haciendo buen uso de ella puede domar la fiereza de las reses, conocer sus condiciones y prepararlas á recibir la muerte, dándolas la colocación conveniente, llevándolas al sitio más adecuado y corrigiendo sus resabios ó sentido.

A los hombres más diestros en el manejo

de la muleta, les ha sido siempre más fácil es tocar los toros que á los que, torpes en dirigirla extendida, al aire ó inclinación más á propósito, háles servido de estorbo y cosa inútil. Esto es sabido por todos los que ven toros, y no hay para qué hablar más de ello.

Pero la muleta, cuando fué inventada y muchísimo tiempo después, no era lo que hoy aparece en cuanto al tamaño. Debíó ser pequeña, puesto que el inventor y los que le sucedieron en todo el siglo pasado llamaronla «muletilla», y corrobora esta opinión la explicación que de ese instrumento hace el maestro José Delgado Illo en su *Tauromaquia ó Arte de torrear*, página 76 de la edición con láminas de 1803, que describe así: «La muleta se hace tomando un palo ligero de dos cuartas poco más de largo, que tenga un gancho romo en uno de los extremos, en el cual se mete un capotillo, cuyas puntas deben unirse en el otro extremo del palo, dándole algunas vueltas para que quede seguro.»

Por espacio de muchos años después de Pepe Illo, todos los matadores, sin excepción, han usado esa muleta del tamaño de un capotillo, —no de una capa ó capote,—colocado en un palo de solas dos cuartas de longitud, si bien algunas veces, en lugar de tela de lana ligera y flexible, sustituían ésta con otra más fuerte y pesada, á fin de evitar la influencia del aire en tarde desapacible, pero sin aumentar por eso el tamaño. A Curro Cúchares, con el objeto indicado, vimos en más de una ocasión atar con un nudo en el extremo de la punta más larga, ó sea la más distante del cuerpo, una pequeña piedra que hiciese peso y permitiese desarrollar el trapo en toda su extensión. Sencillas, pequeñas también y de ligera tela, fueron las que regalaron al mismo Cúchares, al Salamancaquino, á Manolo Arjona y á Pepete, con una inscripción bordada con plata que decía: «Galicia á... (el nombre del matador)», cuando el 31 de Julio de 1853 se celebró en Madrid una gran corrida de toros á beneficio de los pobres habitantes de aquella región, y hasta algunos

años después, ni se vieron aumentadas en tamaño ni forradas de otra segunda tela.

Pensaron de otro modo varios espadas más modernos, casi todos andaluces, y han ido alargando la tela, de tal modo, que al pendón que empezó á usar el Gordito le han dejado relativamente corto, y al palo de dos cuartas le han hecho crecer otro tanto. Estos son hechos que nadie pondrá en duda, atribuyendo á manías de los viejos su aseveración; que gente joven hay que no há mucho ha visto usar muletas cortas á toreros modernos. Si son unas ú otras más á propósito para la lidia; si es mejor ó peor que las nuevamente usadas lleguen por un lado á barrer el suelo y por otro á separar tanto al toro del centro de la suerte, que se vea el hombre á tres metros de distancia de la cabeza de las reses, al paso que las antiguas requerían torrear en corto y ceñido, el público lo dirá; bien que el público, en su mayoría, se preocupa poco de lo que más debiera importarle para apreciar el mérito de las suertes. Nosotros diremos siempre que el que no afronta el peligro, el que pone lejanas murallas para esquivarle, no es valiente; y el torero que no es valiente, por mucho que sepa, no tiene la primera de las cualidades que se exigen para torrear.

No es el uso del capote de tanta importancia ni de tanto mérito como el de la muleta, aunque no deja de tenerlo en los diversos lances de la lidia. Requiere para manejarle cierta destreza, al mismo tiempo que ligereza, y especialmente en los quites puede ser de grande utilidad. No se ha inventado el capote solo para llevar el toro de un lado á otro, que es muy útil y necesario para fijarle, pararle y quebrantarle cuando sus condiciones lo requieren, y la inteligencia del torero há de manifestarse en la oportunidad de usar la capa. Es lo mas difícil, en su juego, los galleos, la suerte de frente por detrás, las navarras y las verónicas; y lo más fácil correrle por derecho y recortarle con largas, por más que esto aparezca ser de

mucho efecto. En cuanto á recortar con la capa abierta de extremo á extremo, sin parar, ó sea ganando el hombre con media carrera en círculo el terreno que no debió perder si hubiese tenido valor para dar una verónica á pie quieto, eso ni tiene mérito, ni es propio de toreros que por tales se tengan, sino de capeas de pueblo. Nunca la capa debe tomarse más que de dos modos: ó de una punta, para largas y carreras, ó con las dos manos, por los extremos de la charretera de la esclavina, para las demás suertes escritas, sin que esto quite que, para quien sepa y se atreva á ejecutarlo, que son tan pocos que hoy no llegan á dos, se lleve rodeado al brazo para recortar en sitio amplio y conveniente.

Sabidos los usos á que la capa se destina, fácil es apreciar las ventajas que sobre otros ha de llevar el torero que la maneje perfectamente. Un capotazo á la derecha en vez de dirigirla á la izquierda, puede trasformar de tal modo el resultado de la suerte, que produzca el contrario del que se pensó, y aun á veces un verdadero perjuicio. Muchas capas estorban en cualquier sitio en que se hallen y los espadas que las consienten hacen mal en ello: ni aún para matar un toro de sentido se necesitan más de dos, y de ellas ha de estar situada una á la cola de la res.

Por lo general, los toreros que capean bien y con arte, manejan perfectamente la muleta; pero esta exige mayor habilidad, y según Pepe Illo, siempre debe llevarse solamente en la mano izquierda, lo cual quiere decir, como preparación al manejo de ésta, que es indispensable aprender con empeño la manera de usar el capote de todos modos y en todas ocasiones para cimentar la reputación de un buen espada.

J. SÁNCHEZ DE NEIRA.

VIRTUTI ET MERITO.

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR
DON CARLOS GROIZARD Y CORONADO,
publicista, licenciado en Derecho, tercer
secretario de Embajada, exdiputado á
Córtes, gobernador civil de la provincia
de Salamanca, caballero de la orden de
Carlos III, comendador de la de Isabel
la Católica, etc., etc., etc.,

en
SALAMANCA.

MI QUERIDO AMIGO: Ante todo, siguiendo la antigua costumbre de españoles—lo mismo moros que cristianos,—pediría á usted albricias; pero ¿qué albricias habría de dar á un tan constante é impenitente heterodoxo como yo, un tan perfecto é inapeable ortodoxo como usted?

Ni siquiera le aceptaría una de esas condecoraciones musulmanas del *Medjidie*, del *Nischam Istijar*, etc., que trae usted emparejadas con las cruces católicas; porque en materia de veneras y cintajos, no estoy más que por la Legión de Honor de Francia y por la Altísima Orden de la Gran Cordillera Pirenaica, de Andorra, re, ublicanas ambas á dos.

Si usted me las proporciona, estaré á dos dedos de lograr la completa felicidad, y alcanzaré ésta por entero en cuanto pueda lucir, al lado de aquellas insignias, las de la Real y Efectiva Orden del Mérito Taurino é Intelectual, que más tarde ó más temprano habrá de fundarse en España y dehesas adyacentes.

¿Que no?

¡Vaya si se fundará!

Y advierto á usted que uno de los primeros agradecidos con la placa y banda de la nueva orden será usted mismo.

Si para ingresar en ella se necesita formar expediente, allá vá, como base y fundamento para formarlo, esto que me complazco en recortar, y

recorto á lo Juan Molina, de un periódico salamanquino:

«A los pueblos que solicitan licencia del Gobernador para correr novilladas, se les concede el permiso á condición de que previamente hagan efectivos sus atrasos por razón de las obligaciones de instrucción primaria.

El sistema este ha dado tan buenos resultados, que la mayor parte de los pueblos que se hallaban en descubierto por estas atenciones, tienen al corriente dichos atrasos.

Si esto no se llama tener sangre torera de pura raza, que venga Dios y lo vea.

Los pobres maestros de escuela tienen por necesidad que inculcar á sus discípulos taurinas aficiones, si no quieren que tiempo andando peligren sus mermadas asignaciones.

La enseñanza torera y la instrucción primaria marchan paralelamente en estos pueblos.»

—¡Ole ya; y vamos paralelizando!— exclamé lleno de gozo al leer esas últimas líneas del diario salmanticense.

¿Qué español de buena casta, en quien se junten el cariño á las viejas costumbres de la tierra y el amor á las refulgentes luces del progreso, no hubiera hecho lo mismo, echando el sombrero al ruedo é imaginándose ver en él á usted como jefe de cuadrilla, seguido de todos los alcaldes y todos los maestros de escuela de la provincia de Salamanca?

¡Ahí es nada! ¡Reconciliar á Cristo con Belial! (Si se me permite tomar por Cristos á los maestros de escuela, cuya pasión y muerte no son inferiores á las del Mesías, y se me consiente comparar á la afición taurina con Belial, que era un dios cornudo.)

¡Ahí es una friolera! Conseguir que la enseñanza torera y la instrucción primaria marchen paralelamente!

En donde la afición á los toros sea nula, ó rudimentaria, ó permanezca en estado latente, esa «marcha paralela» no significaría nada, ni tendría mucho de satisfactoria; pero en donde la sangre torera hierva, ó *hirve*, como dicen los clásicos, con el ímpetu y constancia que distinguen á los hijos legítimos de ese riñón de Castilla, la frase que sirve de tema á esta carta significa mucho.

Y es, además de halagüeña, tan trascendental, que de ella ha de derivarse la creación de la Orden que echo de menos, y que más tarde ó más temprano deberá fundarse.

Claro está que el procedimiento no es nuevo; pero ¿quién lo ha seguido con tan admirable éxito como usted?

—Si ese pueblo (decían los gobernadores al alcalde de Villamorral ó al de Villacerril), no hace efectivos sus atrasos por las obligaciones de instrucción primaria, no concedo licencia para correr toros, ni novillos, ni becerros, ni siquiera caracoles.

Y, en efecto, con tal de no pagar al maestro, los pueblos se quedaban gustosos sin novillos.

Es, decir, se los hacían al pobre profesor.

Lo que cantan en una popular zarzuela:

*En España con gusto
quedamos ciegos,
si le saltan un ojo
á un compañero.*

Eso ocurría hasta en provincias y regiones donde el vulgo tiene vinculada la afición taurina; con lo cual queda demostrado que en esas comarcas andan tan anémicos en punto á sangre torera, como en lo tocante á la instrucción pública.

Solamente en Aragón, que ya sabe usted que es mi tierra, para lo que usted guste mandar (con ó sin bastón de autoridad civil), ha dado fruto aquel sistema; porque allí fructifica en seguida todo lo bueno.

Y con ese laurel se quedaría Aragón, sobre los infinitos que tiene conquistados, si usted—al decir de los papeles públicos—no hubiera recabado para los salamanquinos la definitiva y áurea palma, acertando á dar espléndido desarrollo al procedimiento y llegando á conseguir que en esa privilegiada porción de la Península, marchen «paralelamente» la primera enseñanza y la afición á los toros.

¡Voto á Dios, que la cosa me ha dejado enteramente *le.o* (sin para)

y que diera un doblón por describilla,

como dijo el otro de cosa bastante más deleznable y pasajera!

Pero me reservo para tratarla como es menester en alguna conferencia del Museo Pedagógico, en alguna lección del Ateneo de Madrid, quizás «en el seno» del Consejo de Instrucción Pública, y acaso desde el propio banco azul, sosteniendo un proyecto de ley; si es que usted no se me adelanta á ocupar ese anhelado puesto—como es lo más se-

guro—y da á la idea todo el desenvolvimiento de que es susc. pible.

Se establecería, por de contado, la Real y Efectiva Orden de que he hablado más arriba. Se podrían instituir *Corridos de Honor*, subvencionados por el ministerio de Fomento, para los pueblos que más atendieran á la instrucción primaria. Habría *Novilladas de Mérito*, subvencionadas con arreglo á los fondos provinciales, que seguirían á aquellas en importancia. La carne de las reses muertas en esas funciones se distribuiría entre los maestros de escuela que con mayor celo hubiesen estimulado á sus alumnos, así en lo taurino como en lo intelectual..

¡Qué se yo! Se presta tanto el asunto, que no quiero ofender la fantasía y viveza de imaginación de usted, trazando líneas y poniendo colores en donde usted dibujará y pintará cuanto se le antoje, dejándose llevar de las mágicas sugestiones de la *fol.c du legis*.

Yo, que me complazco en desatenderla, para obedecer tan solo las severas enseñanzas de la realidad, veo abrirse nuevos y luminosos horizontes á la cultura patria en este inesperado consorcio de las Letras y los Cuernos, que daría ocasión á un nuevo Don Quijote para refundir deliciosamente el célebre discurso de las Artes y las Letras.

Si yo tuviera fuerzas para hacerlo, yo lo haría.

Entre tanto, y á falta de cosa mejor, acepté usted un testimonio más de mi amistad y un abrazo extraoficial—¡muy extraoficial!—de su afectísimo S. S. Q. B. S. M.

SOBAQUILLO

En Madrid, á 12 de Octubre de 1889.

LAS TABLAS

No sé si es historia ó cuento este relato taurino, pero que descansa opino en sólido fundamento, juzgando que puede ser de una persona cualquiera fiel trasunto, en toda esfera, su modo de proceder. Ello es que el caso ó la cosa, falsa ó veraz, mala ó buena, tuvo su apropiada escena en una plaza anchurosa, hace muchos años ya; siendo su protagonista cierto matador ó artista que alguno adivinará.

Salió un toro portugués con ímpetu extraordinario, haciéndose necesario pararle un poco los pies; á lo que acudió el espada animoso y decidido, logrando en su cometido dejar la res aplomada, y coronando la idea el éxito más completo; que en varas, el cornupeto hizo una brava pelea.

Vino la segunda parte, y en iguales condiciones de bravura, los peones pudieron clavar con arte los palos ó banderillas quebrando, al sesgo ó de frente, consiguiendo que la gente saliese de sus casillas.

Pero al llegar la ocasión de requerir el acero, ó sea el tercio postrero, cambió la decoración.

El toro, que noble y bravo hasta entonces parecía, perdió toda su valía, convirtiéndose en un pavo; demostrando tales tretas, causando tantos azares, que, como ó terror dos mares, fué este ó terror das coletás, cuando en las tablas del uno, cobardón y quereñoso, se le arrancaba furioso al acercársele alguno.

Júzguese, pues, del *canguelo* del matador supradicho, cargando, en forma de bicho, con semejante mochuelo.

Como en la valla pesaba la fierá más que en el medio,

el diestro apeló al remedio,
de ver cómo la obligada
á abandonar la querencia,
lográndolo con trabajo;
mas pronto el toro marrajo
volvía á su procedencia.

Comprendiendo los sudores
qu^e en trance tan peliagudo
el diestro pasaba, pudo
entre los espectadores

hacerse oír de esta suerte
un timbre de voz sonoro:
— No te canses, ese toro
tiene en las tablas la muerte.

Mas la sapiencia taurina
del atortolado espada
estaba tan ofuscada
que... si quieres Catalina...

E iba el tiempo transeurriendo,
en su empeño el matador
y en tanto el espectador
— A las tablas—repitiendo.

Por fin, después de intentar
desahacerse de la fiera,
el torero á su manera
y el otro con su cantar;

cerca del aficionado
paróse otra vez la res,
llegando poco después
el pobre diestro á su lado.

Y aprovechando el testigo
el hallarse casi en frente,
al exclamar nuevamente:
— Ahí, en las tablas, te digo.

Contestó el espada:
— Si;
tienes razón en lo que hablas,
pero, compadre, las tablas...
las quiero yo para mí.

M. DEL TODO Y HERRERO.

Septiembre, 1889

A VER SI NOS ENTENDEMOS



DE D. Angel Vela-Hidalgo era uno de los pocos aficionados á toros que quedan, y un correctísimo y elegante escritor, ya lo sabía yo de memoria desde que leí en LA LIDIA su primer artículo. (Esto tendrá que oírlo muchas veces de mis labios, mal que pese á su modestia.) Pero que dicho señor era el hombre más amable y galante del mundo, aunque lo presentia, no lo he sabido de cierto hasta que, acudiendo al llamamiento que le hice en meses pasados, ha ocupado su atención en el tema que le propuse. Conste, pues, que lo primero que debe hacer E. Churas (con alias ó sin él) en este caso, es dar las más devotísimas gracias, ya que el humilde brindis de aquel becerro embolado, le ha valido un obsequio tan valioso como el artículo *Salir por la cara* inserto en uno de los últimos números de este semanario.

Desgraciadamente, al final del párrafo anterior se concluye la harina y desde este momento comienza la mohina. Esto quiere decir, hablando claro, que no me hallo muy conforme con las ideas del Sr. Vela respecto al asunto de *autos*, y en verdad que la cosa es de lamentar, por cuanto creo que serán muy pocos (si no es este solo), los puntos taurinos en que discrepen nuestras respectivas maneras de pensar.

El gran Francisco Montes, en su tauromaquia, no dedica ni una sola palabra al malhadado *salir por la cara*; solamente habla del quiebro de muleta que debe practicar el diestro para librar el hachazo en el momento en que clava el estoque; ratiocínese bien sobre este punto, y se verá claramente que puede haber quiebro de muleta y salida por la cara, es decir, que el torero puede salir acosado, aun después de haber dado un excelente cambio de muleta.

Es evidente que todo el mundo, y yo el primero, considera, como el Sr. Vela-Hidalgo, que salir por la cara consiste sencillamente en no concluir como es debido la suerte de matar. Pero de esta deficiencia, ¿puede culparse solamente y en todas las ocasiones al torero? ¿Constantemente el toro toma la muleta que el torero le presenta? En una palabra: ¿se debe aplicar el modismo, *salir por la cara* como una censura? He aquí el problema. En casi todas las revistas de toros se pueden leer estas frases: «Fulano dió una gran estocada entrando admirablemente, pero saliendo por la cara.» Ni una vez tan sólo se hacen constar las razones que hubo para ello. Aun cuando con estas explicaciones es posible que el Sr. Vela y yo marchemos de acuerdo, en el contenido de su escrito no constan estas salvaduras, y de ahí nuestra divergencia de opiniones.

Con la mayor claridad posible, lo cual no es tan fácil tratándose de un asunto cuya única demostración puede efectuarse en la arena de la Plaza, voy á ver si logro dar una idea sobre mi manera de apreciar la salida del matador.

Es absolutamente incuestionable que el diestro al arrancar á matar, debe operar el quiebro de muleta, librar la cabezada y reunirse al toro lo necesario para poder tocar su morrillo con la mano derecha; todo esto es simultáneo, y el que no lo haga puede considerarse cogido. Pero aun después de practicado, muchas veces el toro se rehace, gira sobre sus patas y sale detrás del objeto que acaba de herirle; es decir, que el matador sale por la cara después de haber observado todas las reglas del arte. Esto me parece de sentido común. ¿O es que se considera que por un quiebro de muleta, el toro está obligado á emprender viaje contrario al seguido por su matador?

Esto sucede, casi sin excepción, con los toros que llamamos *reservones*, y con los que durante la lidia han sufrido un diluvio de capotazos de los que ahora se estilan. Estas reses, ó no hacen caso ninguno del engaño, ó lo toman á la fuerza hasta el momento preciso en que se sienten heridos y dejan de verlo, saliendo entonces detrás del bulto mayor, es decir, del hombre. En su consecuencia, tenemos ya el caso de un matador que entra perfectamente, quiebra de muleta á la perfección y, sin embargo, sale acosado y de mala manera, es decir, por la cara.

Tampoco hay que pensar en que los toros tomen el engaño siempre que al torero se le antoja. De aquí nacen las *coladas* pasando de muleta. Algunas veces el matador, por su inexperiencia ó por un descuido, se descubre; otras, y este es el caso, el toro en lugar de tomar la muleta, aunque ésta se halle colocada como debe estar, embiste al objeto mayor, ó como se dice en la Plaza, *se va al bulto*.

¿Por qué, pues, el toro se puede ir al bulto sin culpa del torero cuando pasa de muleta y ha de tomarla matemáticamente en la suerte de matar? ¿Por qué no se inventa otro modismo para censurar al torero que se deja *colar* á un toro de sentido?

Otra observación respecto de las *distancias*. En la estocada á paso de banderillas, tal como hoy se practica, apenas existe reunión ni cambio de muleta, y á pesar de ello es la suerte en que menos veces se sale por la cara. ¿Por qué? Porque se trata de una suerte en que el matador pasa rapidísimamente por la cara del toro, sin dar tiempo de *consentirle*; lo cual demuestra que cuanta mayor distancia medie entre el toro y el matador, mayores son también las probabilidades de alcanzar una salida *inmaculada* (como se dice por ahí).

En la primera temporada de este año pudieron apreciarse bien claramente estos extremos. Lagartijo arrancó muy bien en tres ó cuatro ocasiones, y las tres ó cuatro veces salió por la cara; en cambio, cuando cuarteó á su placer y desde una legua, le vimos salir admirablemente por la cola y rozando todo lo rozable. Hace diez años, cuando él y Salvador se tiraban á matar primorosamente, á pesar de dar el quiebro de muleta, salían achuchados y muchas veces cogidos. A nadie se le ocurría entonces hablar de estos neologismos, que convierten una plática sobre toros en una acalorada discusión bizantina. En aquellos tiempos no había salidas por la cara ni por los costillares, ni pataditas en el testuz, ni merengues taurinos; en cambio veíamos torear y matar, y las corridas de toros se contaban por llenos, aunque jamás se gritara en la Plaza ni ¡Viva Córdoba! ni ¡Viva Granada!

Hoy día, por desgracia del arte de torear, se aplaude mucho más una salida *virginal* que una entrada por derecho para herir hondo y en la cruz. Verdad es que esto último no se puede aplaudir, por la sencilla razón de que no lo vemos.

Tengo, pues, la convicción de que la mayor parte de las veces en que un diestro sale por la cara, la culpa no es suya, sino del toro. De la misma manera que aseguro y he asegurado siempre que por muy hábil que sea un torero, si es valiente y se acerca á los toros, sufrirá innumerables cogidas. Jamás he visto en el toreo, como muchos ven, reglas matemáticas y seguritas que hagan su práctica invariable ó infalible.

Fundado en estas razones, reasumiré lo escrito haciendo constar que para mí no es un defecto que un matador salga por la cara siempre que haya entrado desde cerca, por derecho y efectuando la reunión pre-

cisa para dar una estocada entera; cuando más me entusiasmaban Lagartijo y Frascuelo, y cuando mayores ovaciones recibían, salían de la suerte como Dios les daba á entender. Pero no es esto sólo, sino que sostengo y sostendré hasta que se me pruebe lo contrario, que el matador que más estreche la reunión, será siempre el que más salga por la cara; y al contrario tanto más desahogado saldrá, cuanto mayores sean la distancia y el cuarteo empleados.

Ahora el Sr. Vela-Hidalgo dirá si puede ó no haber avenencia entre nosotros. De todas maneras, conveniente fuera buscar un *hombre bueno*, un amigable componedor, un árbitro que decidiera la controversia (en caso de que exista), ó por lo menos arrojase alguna luz en el asunto, por más que yo le vea más claro que una lámpara eléctrica de arco voltaico.

Este *hombre bueno*, claro está que tendría que reunir condiciones excepcionales de competencia, práctica en el asunto y buena fe.

¿Me entiende Ud., maestro Neira?

Por hoy, he concluido.

E. CHURAS.

Escorial 2 Octubre.

EL DUENDE TORERO

Doce tiempo después de haberse marchado los franceses de España, en 1813, tomó en arrendamiento la casa llamada del *duende*, en la calle de Cantarranas, hoy Gravina, de Sevilla, la viuda de un general, muerto á consecuencia de heridas recibidas en la Guerra de la Independencia. Tenía aquella señora cuatro hijas de pocos años de edad, tres de las cuales viven, y de las que hemos escuchado esta historia, completamente desconocida, toda vez que no la hemos encontrado en ninguna obra de las que se ocupan de asuntos de toros y toreros, á pesar de figurar en ella como protagonista el famoso espada *Inclán*, natural del mismo Sevilla.

Ello es, que habiendo queriolo dicha señora poner una estufa en un gabinete de aquella casa que nadie quería habitar, y que daba á la huerta del convento de San Pablo, gabinete que por su favorable situación era muy á propósito para hacer labor, el encargado de reconocer el gabinete para designar el sitio, dijo á la inquilina que debía mudarse de casa en seguida, porque al dar con el bastón en el techo (era muy bajo el techo del gabinete), se había levantado una compuerta y habiendo puesto una escalera de mano subió, y al llegar arriba y volverse, vió un hombre que se subía á otro cuarto por medio de otra compuerta.

Interesada la inquilina en favor del que, desde luego, supuso desgraciado, y obedeciendo el impulso de su noble corazón, escribió dos cartas: una en español y otra en francés, diciendo al incógnito, en ambas, que nada temiera y que le dijera la verdad de lo que ocurría, asegurándole la reserva: con las dos cartas puso papel, tintero y pluma, con la advertencia de que se recogería la respuesta pasados dos ó tres días.

Se cerró el gabinete, y cuando se fué por la contestación todo estaba revuelto y en sitios distintos de los que ocupaban los objetos primeramente; encontrándose una espada y una piedra de color de ladrillo muy cocido, de forma como de media luna, y con dos agujeros, como una careta, cuya piedra conservó durante muchos años la inquilina, hasta que se extravió en algunos de sus repetidos viajes.

Durante algunos días no ocurrió novedad, y la inquilina arregló el gabinete y lo habitaba; pero á poco se sintió andar á una persona sobre el techo y sobre el de otra habitación, pues eran varias las que tenían techo falso, oyéndose al *duende* toser y escupir, cuando le ocurría hacerlo, llegando á manifestarse tan atrevido que la inquilina dió cuenta al jefe de policía, quien ofreció enterarse.

Así las cosas, pasaron muchos días sin que se notara la presencia del *duende*, y en otros se dejaba sentir sin temor ninguno.

Como la casa la tenía la inquilina muy barata, circunstancia atendible para ella, viuda, con cuatro hijas y en época tan calamitosa, quería conservarla, y resolvió hacer por su cuenta una obra quitándole toda entrada por los tejados, cuya medida dió el resultado apetecido, de gozarse de completa tranquilidad.

Pero no había de durar mucho tiempo: cierta noche, estando reunida en el referido gabinete la familia y tocando una de las niñas el piano, se oyó un golpe como si una persona hubiera dado un

gran salto, y levantando todos la cabeza, vieron la compuerta alzada y á mi hombre que se asomaba por el a.

Cerró después y se le sintió andar sobre las demás habitaciones. En seguida se cerró el gabinete, y toda la familia con el criado y la criada, se refugió en una sala del piso bajo; y dueño el *duende* de la situación, no dejó títere con cabeza; sacó todo lo que había en la despensa al patio, rompiendo muchas cosas y produciendo un ruido infernal. En cuanto amaneció, quedó la casa tranquila; y en aquel mismo día tomó otra en la calle de Santa Ana la inquilina, entregando las llaves de la del *duende* á su amo.

Difícil es fijar por dónde penetró el *duende* una vez cerrada la puerta del gabinete, al que daba la compuerta que le permitía la entrada á la casa; pero pudo hacerlo pasando por los tejados á la azotea y forzando la puerta de ésta.

Trascurridos algunos meses, y pasando la inquilina por la calle de las Armas de Sevilla, la detuvo un sujeto decentemente vestido que le preguntó si era la señora doña... y habiéndole ésta contestado afirmativamente, le dijo aquél «que dispensara lo que se la había mortificado durante el tiempo que había vivido en la casa de la calle de Cantarranas; que se llamaba Inclán y era hermano del matador de toros del mismo apellido, quien habiéndole hecho una muerte en la plaza de Badajoz, huyó; y siendo del que hablaba la casa en cuestión, mandó hacer aquella obra de los techos falsos para tener escondido á su hermano, como lo hizo por mucho tiempo, hasta que se acogió á un indulto.»

Era, pues, el *duende* el torero Inclán, á quien naturalmente no convenía tener huéspedes en su casa, y por eso los ahuyentaba con sus travesuras.

Para la señora que habitó la casa fué siempre creencia segura que el sujeto que la interpeló en la calle de las Armas, era el mismo torero Inclán, porque no era probable que su hermano, si lo tenía, la conociera; y si él que durante algún tiempo habitó la misma casa.

Esta, por lo que la memoria de las hijas de la inquilina, muy niñas entonces, recuerda, debe ser la situada junto á la entrada de la huerta del convento de San Pablo, hoy muy variada; y por esa huerta, ó por un horno de pan inmediato, debía entrar y salir el *duende*, cosa que nunca se supo, así como tampoco la *policia dió cuenta de su persona* respecto de la denuncia que se le hizo.

Para concluir, diremos que, según hemos oído por otro conducto, el lance que debió dar lugar á la historia del *duende*, fué el siguiente, sin que podamos fijar más detalles ni fechas: Trabajaba Inclán en la Plaza de Badajoz, y habiendo tenido antes, ó durante la misma corrida una fuerte cuestión con otro matador, cuyo nombre no hemos oído, se reprodujo el altercado en tales términos, que fuera de sí Inclán, dió una estocada á su compañero que le produjo la muerte, y huyó á Portugal, temiendo la justicia de las autoridades francesas.

No será difícil á las personas que se ocupan de estos asuntos averiguar todos los detalles de sucesos tan lamentable como, afortunadamente, nunca repetido; y que puede servir de ejemplo á los toreros para no dejarse arrebatar de las pasiones, conteniéndose siempre en los límites de una emulación legítima, cuyo fin sea el de obtener los aplausos del público y la propia gloria y renombre.

AZABACHE.

Capotazos.

Continúan celebrándose en París nuestras corridas de toros en el hermoso circo levantado en la calle de Pergolese.

Y parece que en las últimamente verificadas ha sido mayor la animación y más considerable el número de espectadores.

Indudablemente la presencia junto al Sena de Mazzantini, Lagartijo y Frascuelo han influido bajo dos puntos de vista en la manera de apreciar el espectáculo español.

Las especiales circunstancias del primero de estos diestros, consistentes en el trato social, posesión del idioma y demás de esta índole, han contribuido á atenuar el tinte fabuloso y legendario que para nuestros vecinos revestía todo aquello más íntimamente relacionado con las *courses du toureaux*; y el arte y arrojo de los dos últimos en el redondel les ha hecho comprender que hay algo más en la lidia de reses bravas que el solo acto de ponerse frente á frente un hombre y una fiera.

Tratándose de los franceses, artistas por excelencia, no cabe vacilar que en el toro de Rafael Molina han sorprendido una novedad y un sello característico que no han encontrado en ninguno de los demás que allí se han presentado, y en la manera de entrar de Frascuelo, circunstancias que acusan más méritos que los de una simple habilidad.

Agréguese á esto que en la suerte de varas han podido apreciar también prácticamente la empeñada porfía que se entabla entre toro y torero para apartar á aquél del objeto de sus iras, librándole del peligro, y se comprenderá fácilmente que pueda llegar algún día en que el toro arraigue entre los gustos de los hijos de San Luis.

Mayor sería la afición, á nuestro juicio, si en vez de una imitación ó aproximación, las corridas se efectuasen como en nuestro país; no obstante el argumento con que los impugnadores de la fiesta se han visto reforzados recientemente en el imprevisto suceso de escaparse un toro del encierro y sorprender en la Plaza á uno de los empleados de la misma, hiriéndole de bastante gravedad.

Lo que en último caso puede sucederle asimismo á cualquier protector de animales, si alguno de sus protegidos le hace blanco de su furia.

**

La temporada taurina ha terminado en Bolonia con la corrida que tuvo lugar el día 6 y anunciamos en el número anterior.

El tiempo ha estado desapacible, no cesando de llover el sábado 5, y creyéndose con este motivo que tendría que suspenderse, lo que no sucedió.

El ganado, de D. Anastasio Martín, resultó regular.

Guerrita estuvo muy trabajador y afortunado, estoqueando todas las reses, así como banderilleando la quinta, donde alcanzó una gran ovación.

**

Los telegramas.

Días pasados se sorprendía nuestro ilustrado colega el *Diario de Zaragoza* de que los periódicos de Madrid publicasen despachos dando cuenta de una novillada en aquella población, y de los que resultaba que los diestros habían estado á gran altura, cuando en realidad fué todo lo contrario.

Esto no es extraño, desde el momento en que la mayor parte de esos telegramas los envían los mismos interesados; pero lo que sí es sensible, que la parte más leída de la prensa acoja en sus columnas esa serie de noticias en las que figuran una porción de nombres de caballeros particulares muy conocidos en su casa, ó haciéndoles mucho favor, en la ancha acera del Café Imperial.

Comprendemos que se telegrafe el resultado de las cuadrillas de nombradía que andan continuamente por las Plazas de la Península, y mucho más cuando ocurre algún accidente notable en la lidia; pero no nos explicamos que se tomen en cuenta los *bombos* que se suministran esos innumerables *maletas*, que no hay desdichado becerro que martiricen cuyas orejas no les sean concedidas por sufragio universal.

Y hay que convenir en que tienen perfectamente montado ese servicio. Caso concreto existe de cierta cuadrilla de jóvenes toreros, que habiendo demostrado en nuestra Plaza que es muy mala, hace funcionar el telégrafo desde provincias con tal desahogo, que á cualquier incauto harían creer que nunca han alcanzado los *abuelos* éxitos como los que ellos logran á diario.

Por supuesto que ¡vean ustedes lo que es el contraste! Ni un solo telegrama de esos se traspapela y lucen todos en las publicaciones á que se dirigen, mientras que gran número de ejemplares de la nuestra y otras revistas se pierden en el camino, y no llegan á nuestras manos los compañeros que nos honran con su visita.

**

El espada Angel Pastor ha marchado á París, donde toreará en casi todas las corridas que tengan lugar hasta la clausura de la Plaza del Bosque de Bolonia.

El estado de la herida que recibió en el dedo pulgar de la mano derecha es satisfactorio y le permite tomar parte en las mismas; pero le es imposible para estoquear en algún tiempo, por lo que no lo efectuará ya hasta el año próximo.

Estas son nuestras noticias.

**

La 14.^a corrida de abono anunciada para ayer tuvo que suspenderse á causa de la lluvia.

Esto más, sobre las innumerables desdichas

que abruma á la Empresa. Aunque tal vez con la suspensión resulte favorecida.

A este paso, no perdemos la esperanza de asistir á la fiesta nacional, allá en los alrededores de Noche-Buena, con al agradable temperatura propia de la estación.

Consecuencia natural de haberse pasado el mes de Septiembre con amenas novilladas y dejar el abono para al entrada del invierno con todas sus consecuencias de agua y frío.

Adelante por ese camino, por más que como dice el vulgo, *no va á ninguna parte*.

ANUNCIOS

ESTABLECIMIENTO TIPO-LITOGRAFICO.

JULIÁN PALACIOS

CALLE DEL ARENAL, NÚM. 27, MADRID

Talleres montados con todos los modernos elementos para la perfecta ejecución de cualquier trabajo de Litografía e Imprenta.

La Lidia

REVISTA TAURINA ILUSTRADA CON CROMOS.

Colecciones del año primero, á pesetas 25.

Idem de los segundo á séptimo año, á pesetas 15 cada una.

Tapas para su encuadernación, á pesetas 4.

OBRAS TAURINAS

DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACIÓN

<i>Cuernos</i> , por Peña y Goñi.....	Ptas. 6
<i>Bibliografía de la tauromaquia</i> , por Car- mena y Millán.....	» 4
<i>¡Duro ahí!</i> por Sánchez de Neira.....	» 1
<i>La escuela de tauromaquia y el torero moderno</i> , por P. Millán.....	» 3

ÚNICO AGENTE

PARA LA VENTA Y SUSCRIPCIÓN DE
LA LIDIA

EN LA ISLA DE CUBA

Señora Viuda de Pozo é Hijos.

GALERÍA LITERARIA

Calle del Obispo, núm. 55.—Librería,

Habana.

REPRESENTANTES EXCLUSIVOS DE «LA LIDIA»

Valparaíso—Fernández, Reyes y compañía, Victoria, 56 y 58.

Montevideo.—Francisco Arroyo, Sarandi, 236, librería.

Buenos Aires.—Librería y Papelería de Coll Hermanos. Rivadavia 1804 y Chile 2040.

Orizaba.—Juan C. Aguilar, Imprenta Popular.

EL MUNDO DE LOS NIÑOS

ILUSTRACIÓN DECENAL INFANTIL

DIRECTOR

D. M. OSSORIO Y BERNARD

Contiene 16 páginas de texto, cromos y grabados

Suscripciones: Año. Pesetas 8,50

Administración: Arenal, 27, Madrid.



Ginnsse - lit.

D. Fereca